

60 ANIVERSARIO DE CARITAS DIOCESANA

Un estudiante preguntó a la antropóloga Margaret Mead cuál consideraba ella que fue **el primer signo de civilización en la Humanidad**. El alumno y sus compañeros esperaban que Mead hablara del anzuelo, la olla de barro, la piedra de moler o la rueda. Pero no. Ella dijo que el primer signo de civilización en una cultura antigua fue un fémur que alguien se fracturó y luego apareció sanado. La antropóloga explicó que en la naturaleza, si un animal se rompe una pata, muere, pues no puede procurarse comida o agua ni huir del peligro y se convierte en presa fácil de los depredadores. Ningún animal con una extremidad inferior rota sobrevive el tiempo suficiente para que el hueso se suelde por sí sólo. De modo que **un fémur quebrado y curado** evidencia que alguien se quedó con quien se lo rompió, y que le vendó e inmovilizó la fractura. Es decir, que lo cuidó.

Desde una perspectiva cristiana, podemos decir que ese fémur fracturado y sanado es también un **signo luminoso de nuestra condición de hijas e hijos de Dios**, creados a su imagen y semejanza. En efecto, el Dios en el que creemos los cristianos enaltece a los humildes, colma de bienes a los hambrientos, auxilia a su pueblo y derrama su misericordia de generación en generación. Así lo canta María, así lo hemos rezado nosotros a modo de salmo responsorial. Es más, **Dios trazó un plan** para que todos sus hijos e hijas puedan curar sus piernas rotas, para que “tengan vida y la tengan abundante” (Jn 10,10); un plan en el que no se reservó nada para sí mismo, ni siquiera a su Hijo Único: “tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito”, dice San Juan (Jn 3,16).

Para llevar adelante este plan, Dios tocó el corazón de María: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo... No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios». Y María respondió con absoluta confianza y generosidad: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Para llevar adelante este plan aquí, en esta tierra, Dios ha tocado el corazón de un sinnúmero de turolenses a lo largo de la historia, mujeres y hombres, más o menos creyentes, con diferentes ideologías, pero con algo en común: un corazón grande. Y en estos 60 últimos años, Dios ha tocado el corazón de muchos hombres y mujeres que han encontrado en Cáritas Diocesana el instrumento más oportuno para interpretar la sinfonía de la solidaridad; hombres y mujeres que, superando miedos y reparos, se han dejado mover por el Espíritu de Dios, por el mismo Espíritu que fecundó las entrañas de María, de modo que muchas personas necesitadas de tantas cosas han podido experimentar el amor humano que se acerca, acompaña y cuida, un amor que salva de la soledad y la desesperanza, un amor que es signo del amor de Dios, fuente de todo amor verdadero.

Queridos amigos y amigas, **el plan de Dios no se detiene**. Aquí cerca y también muy lejos, hay hermanos y hermanas que tienen su fémur quebrado, que sufren por tantas razones: no llegan a fin de mes, no pueden acceder a una vivienda, no son comprendidos y acogidos después de haberse jugado la vida huyendo de la miseria o la guerra, no tienen compañía ni esperanza... Y Dios sigue tocando corazones, como el tuyo y como el mío, para que nos sumemos con más generosidad y decisión a este proyecto de Dios de llevar vida y vida abundante a todos sus hijos e hijas. Escuchemos como María la voz de Dios, que nos llama y

nos asegura su presencia y su fuerza: Alégrate, el Señor está contigo, no temas, el Espíritu Santo vendrá sobre ti.

Si queremos **responder con más generosidad y decisión** a esta llamada de Dios, no olvidemos cultivar la oración, como María y con María. Decía la primera lectura que los apóstoles “se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús”. El encuentro con Dios nos permite reconocer su rostro en cada persona que sufre y amarla más allá de nuestras capacidades naturales; nos ayuda a socorrer al hermano con más serenidad y delicadeza, sin humillarlo; a hacer lo que esté en nuestra mano en cada situación y a confiar el resto en las manos de Dios. «Quien reza –decía Benedicto XVI–no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo. La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para... la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello» (DCE 36).

Continuemos celebrando esta Eucaristía, esta acción de gracias, a Dios Padre Hijo y Espíritu Santo, por este plan de amor en el que millares de turolenses han compartido y comparten no sólo su tiempo y su dinero, sino su vida y su amor, a través de este instrumento –humilde y precioso– que es la Cáritas Diocesana de Teruel y Albarracín.